

VIII.

Un tesoro mal guardado.

La felicidad habia huido de la casa que habitaba Marietta; la pobre niña languidecia frente á su telar que ya no se movia con la misma regularidad y rapidez que ántes. Cuando la buena Marta preguntaba á su nieta por qué no alegraba con sus cantares el trabajo, la niña exhalaba un suspiro y llevaba sus manos al corazon. La anciana, sin comprender esa muda respuesta, guardaba silencio algunos momentos, y repetia á poco sus cuestiones.

La tristeza de Marietta no impedía, sin embargo, á la abuela dormir la mayor parte del dia, y gruñir de lo lindo cuando algun ojo de su tejido se saltaba; y no advertia que la niña abandonaba todas las tardes su labor á hora fija y permanecia en la ventana largo rato.

Las comadres de las cercanias, con quienes solia departir cotidianamente, no dejaron de decirle que un desconocido hablabla por la ventana con Marietta, al caer la tarde; pero Marta

contestaba que era muy natural que las muchachas tuvieran á quien amar, y con su despreocupacion, expresada tan categóricamente, sellaba los labios de las mumuradoras y lenguaraces vecinas.

En efecto, Marietta y el hombre de la iglesia de S. Juan se entendian. En amor se camina muy pronto, especialmente cuando hay audacia por una parte, y cuando la inocencia y el candor son los únicos aliados por la otra. Marietta se habia dejado llevar por la inclinacion que sentia hácia el extranjero, y dominar por la influencia poderosa que desde que le ofreció el agua bendita en la iglesia de S. Juan, parecia ejercer en su alma vírgen y dispuesta á recibir y conservar eternamente la primera impresion que el amor marcara en ella.

La linda tejedora no podia darse cuenta de lo que le pasaba; por las novelas que habia leído, y por los recuerdos juveniles de la buena Marta que la anciana se complacia en repetir, sabia que el amor era una cosa muy bella y traía consigo la felicidad; y sin embargo, ella comprendia que la suya se habia desvanecido desde el momento en que fijó su atencion en el extranjero. Sus hermosos ojos, que no habian llorado mas que por la pérdida de sus buenos padres, se hallaban casi siempre, desde aquel fatal domingo, inundados de lágrimas; y aunque todo el dia deseaba llegase cuanto ántes la hora de hablar al extranjero, el placer que sentia al acercarse á él y al darle su mano, que estrechaba con vehemente pasion entre las suyas, estaba mezclado de terror.

En cuanto á Marta, atrincherada tras del bello razonamiento con que habia cerrado la boca á sus maldicientes amigas, persistia en su ciega confianza. Las hablillas continuaban mientras tanto y tomaban un carácter alarmante. Una mujer de conciencia se acercó misteriosamente á la confiada abuela, y le dijo al oído que al dirigirse algunos trabajadores á la fábrica inmediata, poco ántes de amanecer, habian visto salir de

la casa, por la ventana del cuarto de Marietta, á un hombre que tomaba por el campo la direccion de Pésaro.

Marta llamó á su nieta, le contó lo que se decia en el pueblo y le advirtió que debia desconfiar de los hombres. El consejo llegaba tarde; la pobre Marietta se echó á llorar al oír el discurso de su abuela, y no encontró una sola palabra que contestar para disculparse. Todo ese dia estuvo mas triste que de costumbre, y llegada la hora de retirarse á su cuarto tomó temblando la luz que le servia para alumbrarse, y bañó con sus lágrimas la frente de la anciana Marta, al darle el beso de despedida.

El cuartito de Marietta no era mas rico en su ajuar que la sala donde la hemos visto por la primera vez moviendo su telar; pero estaba puesto con gusto, y flores naturales colocadas en blancos floreros de porcelana, que Marietta tenia cuidado de sacar al fresco todas las noches, eran su principal adorno. Al entrar, dejó la vela en una mesa coronada por un espejo que servia de tocador, y fué á sentarse triste y meditabunda en un viejo sillón de cuero que al lado de la cama se hallaba.

Allí permaneció un gran rato en ese estado de abstraccion en que todos nos hemos encontrado alguna vez, tan delicioso para los que son felices, tan triste para los que están probados por el dolor y la amargura; los ojos se fijan en los objetos y no ven, el mundo exterior desaparece completamente, y el pensamiento vaga por regiones desconocidas, de las que no conserva una idea; y semejante modo de ser, tan parecido á la muerte, y que dura á veces horas enteras, lo repetimos, es sin duda lo mas bello del mundo para los que gozan, lo mas doloroso para los que sufren.

Marietta estaba inmóvil; sus ojos miraban vagamente algun objeto informe y distante, y de sus pupilas rodaban algunas

lágrimas que formaban dos veneros transparentes como el mas puro cristal, en sus mejillas.

De pronto se estremeció como si una mano desconocida le hubiera aplicado el hilo conductor de una máquina eléctrica. Dos golpes dados con discrecion á la ventana la hicieron enderezarse completamente; se enjugó los ojos empapados en lágrimas y acercándose á la vidriera la abrió de par en par.

Un hombre embozado en una ancha capa saltó con ligereza al suelo, y dejando caer el embozo abrazó estrechamente á Marietta.

Era el desconocido de la iglesia de San Juan. Tenia cabellos negros, cortos y ensortijados; sus cejas no formaban un solo arco ni una sola línea, sino que estaban quebradas formando ángulos obtusos; los ojos eran pequeños, pero extraordinariamente vivos y con escasas pestañas; la nariz ancha y comun, los labios bastante gruesos y notablemente saliente el inferior; no gastaba bigote, y la barba en que estaba encuadrado su semblante, mas repulsivo que simpático, era negra y ensortijada como el cabello.

—He tardado mucho, bien mio?—le dijo á Marietta con una voz que trataba de dulcificar lo mas posible, pero cuya aspereza natural heria desagradablemente los oídos.

—Mas que de costumbre, Fernando

—Te encuentro triste, y tus ojos están encarnados. ¿Has llorado?

—No, Fernando,—contestó Marietta tratando de sonreír—estás equivocado; ¿por qué habia de llorar? ¿acaso no me amas? ¿no me has ofrecido ser muy pronto mi esposo?

El hombre á quien Marietta llamaba Fernando no pudo contener un ligero movimiento de impaciencia.

—¿Te has enfadado?—continuó Marietta.—Has de cuenta que nada he dicho.

—Te repito que has llorado—dijo asperamente Fernando, y

tomando de un brazo á Marietta la llevó adonde estaba el espejo y haciéndola levantar la cara y verse, agregó:

—Mira.

La pobre Marietta quedó confundida, y permaneció un momento sin poder articular palabra. Las huellas de sus lágrimas eran muy recientes para que pudiera disimularlas; veía en el espejo sus ojos enrojecidos y brillantes, y una lágrima mal enjugada estaba detenida en la pupila. Se contempló un rato, y pareciendo tomar una resolución decisiva, se volvió á Fernando, que le oprimía el brazo hasta hacerle daño, y le dijo:

—Y bien, sí, he llorado; no lo puedo negar.

Fernando, que se irritaba por momentos, contestó en tono de amarga reconvenccion y como hablando consigo mismo:

—Venga usted desde el puerto hasta esta condenada casa expuesto á que un bandido le hunda un puñal en el pecho ó le despache de un mosquetazo al otro mundo, para encontrar á una mujer que en vez de recibirle con sonrisas, le dá la bienvenida con lágrimas y suspiros. Marietta, hasta mañana.

Y acercándose á la silla en que habia colocado su sombrero y su capa, hizo ademán de tomar estos objetos para marcharse.

Marietta se interpuso rápidamente entre su amado y la silla, y le dijo con una voz que tenia de suplicante y colérica:

—Te suplico que me escuches, Fernando.

—Deja ese tono trágico y sé breve; deseo volver á Pésaro.

—Lo que tengo que decirte es grave y deseo que me oigas con calma.

—¿Melodrama tenemos?

—Por Dios, Fernando, no te burles; mira que se trata de nuestro porvenir.....y del de nuestro hijo, añadió en voz mas baja y poniéndose extraordinariamente encendida.

Fernando no se inmutó.

—Me has dicho que eres español y caballero,—continuó Marietta—y los hombres de tu nacion gozan la fama de ser

cumplidos con las mujeres. Cuando á una pobre muchacha se le arrebatara con el corazon la honra, solo hay un medio para reparar el mal. ¿Lo sabes tú, Fernando?

—Es imposible.

—¡Imposible!.... Todavía anoche me jurabas que serias mi esposo ante los hombres como ya lo eras ante Dios, que veía nuestro amor y la union de nuestros corazones. No sabias aun que eras padre, y hoy, Fernando, que no ignoras lo que haré pública mi deshonor, y que debias, no renovar tus promesas sino cumplirlas como leal caballero, no vacilas en desgarrar mi alma pronunciando esa atroz palabra. En nombre de tu madre, sálvame del deshonor.

—No puede ser, contestó friamente aquel hombre de hierro.

Marietta cayó de rodillas á sus pies, y tomándole una mano que regaba con sus lágrimas prosiguió:

—Fernando, por el apasionado amor que me juraste, por el que no puedes negar al inocente que llevo en el seno, por lo que haya para tí de mas querido y de mas sagrado, por tu propia vida, dame tu nombre; si no me amas, véte despues, nunca vuelvas á verme; pero que nuestro hijo, fruto de un amor que yo creí sincero de tu parte, no se avergüence de la que le dió el ser.....

—Señora, interrumpió Fernando,—acabemos de una vez; en mi país no se tolera que un hombre se case dos veces cuando su primera mujer vive aún; soy casado.

Y desprendiendo bruscamente su mano de las de Marietta, tomó su capa y su sombrero y saltó por la ventana.

La pobre muchacha cayó como herida de un rayo en el pavimento, y permaneció así privada de sentido la mayor parte de la noche.